

A R C H I V U M

TOMO XVIII

ENERO · DICIEMBRE 1968

Menéndez Pidal, una nueva tradición española

Una vida fecunda se ha extinguido. Un manantial de agua clara se ha sumido silenciosamente en la tierra madre. A medida que pasaban los meses de este año 1968, se presentía este fin inevitable. Don Ramón no vería encendidas las cien velas de sus cien años gloriosos. Su cuerpo y su mente habían llegado hasta los noventa y tantos, duros y ágiles, firmes y flexibles. La suya no había sido vejez, sino larga ancianidad juvenil. Incluso el mismo ardor, el ímpetu polémico que se considera propio de la juventud, en él crecía con los años. Todo excepcional y maravilloso. Y cuando cayó, cayó como árbol centenario que se alza solo en la colina, herido por el rayo, derribado por las fuerzas ciegas de la naturaleza, por el golpe traidor de una embolia. Pero aún tuvo fuerzas para recuperarse. Aún parecía que de aquel tronco herido de muerte podía brotar la vida, los frutos de la vida.

No pudo ser así. El milagro de aquella dilatada juventud no podía prolongarse. Había llegado al fin de su jornada. Ya no podríamos verlo centenario por las cumbres de su amado Pajares. Ya no podría recorrer aquellos caminos de su infancia y juventud, y recordados siempre en la magia de sus nombres: Flor de Acebos, La Campa, La Fría...

El desenlace era inevitable. Sin embargo, la noticia ha lle-

nado de consternación al mundo cultural hispánico. El dolor ha llegado más allá de sus discípulos y de sus lectores. Fue sentido por muchos españoles, por muchos hispanoamericanos que nunca habían leído una línea suya. Es como si se hubiera quebrado algo fino, sutil, que estaba sin darnos cuenta en la entraña de la cultura española.

Y es que don Ramón Menéndez Pidal era ya una tradición viva en la España moderna. El, que tanto indagó en busca de los orígenes, de las fuentes de lo español, se había convertido en una fuente, en un manantial de alta montaña, de aguas limpias y transparentes, un manantial que no ha conocido el estiaje, que ha fluído incesante, que ha fecundado la cultura española durante tres cuartos de siglo. Misteriosamente, silenciosamente, de un modo natural, igual que esas fuentes de altas cumbres, los estudios sobre lo español han fluído de la pluma de don Ramón a lo largo de estos setenta y cinco años. Y este manantial se ha ido abriendo cauce, se ha ensanchado con otros manantiales alumbrados por él, atraídos por la fuerza de su ejemplo. Y así se ha ido creando a lo largo de casi un siglo una nueva tradición española: la tradición de Menéndez Pidal. Está ya definitivamente en nuestro horizonte cultural. Gracias a ella, el español tiene hoy una conciencia más clara de sí mismo, de su lengua, de su literatura, de su historia.

Quizás convendría ser parcos al referirnos al gran maestro desaparecido. Se han dicho ya palabras muy justas, muy entrañables y muy bellas. ¿Qué más podremos añadir? Tenemos lo que más importa: su obra y su ejemplo. Pero su obra ha llegado a muchos. Somos por ello muchos los que sentimos como una necesidad interior de expresar nuestro dolor y nuestra admiración por el gran español que se nos ha marchado.

¿Por qué los poetas españoles, alguno de los buenos poetas españoles de hoy no han entonado una bella canción en su honor? El bellissimo poema que Antonio Machado dedicó a su maestro Giner de los Ríos ha acudido a mi mente en esta ocasión. Pienso que casi todo él podría aplicarse perfectamente a don Ramón. Fueron ambos muy semejantes en su actitud humana fundamental: sencillez, amor al trabajo, amor a la na-



turalidad. La vida fue para ellos esencialmente un quehacer. La muerte significa sólo el fin de una tarea querida:

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.

Desde este punto de vista, la muerte no es ninguna tragedia. Es el fin digno de una existencia luminosa y digna. En verdad, no ha muerto del todo. Su recuerdo vivirá en nosotros y en las generaciones futuras.

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.

También don Ramón, como Giner, era amante del aire puro de las cumbres. Por eso, su estatua se levantará en el Puerto de Pajares, en la puerta de Asturias, y su efigie en piedra recibirá la caricia de la niebla o será azotada por la ventisca.

Oh, sí, llevad amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Pero fue algo más que un sueño. España empezó a florecer en su obra, como en la obra de otros grandes españoles de su tiempo: Cajal, Giner, Machado... Cada cual, desde su campo, inician un nuevo florecer de España.

Abusando tal vez de las comparaciones, diríamos que Menéndez Pidal fue, en el campo de la investigación, un buen montañero, alpinista, espeleólogo. Trepó con cabeza serena, con pisada firme y pausada a los orígenes de la cultura española. Descendió al fondo de los archivos de la alta edad media, leyó y releyó los documentos notariales, los cronicones latinos y las historias árabes. Pateó los caminos de textos an-

tiguos en todas las direcciones. Recogió sin prisa, con cuidado, los datos, uno a uno. Los contempló de nuevo globalmente. El árbol no le impidió ver el bosque. Al contrario: pudo tener de él una idea exacta porque lo había visto de cerca en cada uno de los árboles. La comprensión de un conjunto sólo es posible desde el conocimiento particular de los miembros de ese conjunto.

La tarea a la que se había entregado Menéndez Pidal, la de los orígenes, es peligrosa. Así opina Ortega en su comentario a «Orígenes del español»: «El origen —dice— está siempre o muy en lo alto o muy en lo hondo. Exige ascensión o sumersión. Vértigo o ahogo». Menéndez Pidal no sintió ni lo uno ni lo otro. Nunca pretendió demostrar teorías previas. Procuró siempre mantenerse vigilante consigo mismo, no dejarse llevar por la emoción. Su única pasión era la de descubrir la verdad de los hechos estudiados. Sus razonamientos se apoyan en los datos concretos, en los hechos menudos. Esta acumulación de datos puede parecer excesiva, como le parece a Ortega («Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro»). Pero lo menos importante es la arquitectura externa del libro. Sólo la acumulación de hechos concretos bien observados conducen a la teoría. Esta siempre surge, porque la realidad es sistemática, porque hay en todo una estructura, un orden que subyace bajo toda realidad, por muy multiforme que ésta se nos muestre. Y es precisamente desde lo alto o lo hondo, desde los orígenes, donde esa estructura se muestra más clara. Las cordilleras sólo se divisan desde las cumbres. Las raíces se descubren penetrando en el subsuelo. Este contacto con los hechos en su radicalidad, en su profundidad, llevó a Menéndez Pidal a los orígenes, a la conexión de unos hechos con otros. Del habla de Pajares a las hablas asturianas y leonesas. De éstas al castellano medieval y moderno. De la observación de la lengua en estado latente, aquí y allá, a través de textos latinos, a la lengua ya hecha corriente, caudal pleno en las obras literarias. Y de aquí a los orígenes de la épica, de la lírica. Menéndez Pidal persiguió estas manifestaciones primeras de lo español en su continuidad, en la tradición escrita y oral a través de los siglos. Fue para él un espectáculo fascinante éste de la perduración de

las primitivas canciones, de las expresiones más arcaicas, desde aquellas épocas lejanas en que nace España hasta la actualidad. La vida que refleja la letra de los documentos primitivos se tornaba más viva al sentirla palpitante, como un eco secular, en los labios de los campesinos de las más remotas aldeas. El mismo nos habla de su marcha en esta doble vertiente: «Yo después, para buscar la esencia y la vida de la poesía tradicional, he buscado los restos antiguos del Romancero en las bibliotecas principales de Europa, los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Sacro Monte, a la vista de la romancesca Granada, los he oído en las orillas del Plata y al pie de la gigantesca mole de los Andes. Yo me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances.»

Los grandes hombres pasan a ser símbolos de su nación, aunque dentro de ella hayan sido excepcionales. Para muchos extranjeros España irá asociada al nombre de Menéndez Pidal. El les ha revelado la España histórica, y con ello les ha aclarado también en parte la historia europea, porque España está integrada en Europa.

Pidal parece que originariamente significa '*semillero*'. Pero por etimología popular, yo lo asociaría más bien con *pilar*, *pie-dra*, *lápida*. Porque su obra destaca por su solidez, por su firmeza. Y con el transcurso de los años, al igual que la piedra de buena calidad, ha adquirido nobleza sin perder consistencia. Don Ramón tuvo la satisfacción de ver cómo nuevos hechos, nuevos documentos, venían a confirmar sus primitivos puntos de vista.

Menéndez Pidal no es sólo el creador de una nueva tradición cultural española. Es una figura humana ejemplar, aunque él nunca se haya propuesto tal ejemplaridad. Su vida es un claro espejo. Allí están cualidades humanas fundamentales: sencillez, ecuanimidad, laboriosidad, firmeza, pasión por la verdad. No encontramos, en cambio, pedantería, infatuamiento, improvisación, pereza, ensañamiento crítico, verbalismo. Don Ramón se esforzó siempre en tener control de sí y de sus palabras. La polémica, cuando fue necesario, se mantuvo en

el terreno de los principios, con respeto a la dignidad de toda persona. García de Diego nos dice que trataba por igual al portero y al ministro. Los dos son hombres, y por ello merecen el mismo respeto. Como estaba obsesionado por su trabajo, no se preocupaba de minucias. No sentía envidia de nadie. Ni, acaso por ello, tampoco fue envidiado. Quizás la envidia sea en ocasiones un ente de ficción que fabricamos de nuestra propia sustancia. Recuerdo unas palabras suyas al cumplir los noventa años. No se trata —decía— de envidiar a nadie, de superar a nadie. A quien hay que superar es a sí mismo.

Hay que superarse a sí mismo, día a día, hasta el fin de la existencia. El nos mostró que la fecundidad de una vida humana no está ligada a unos años determinados y limitados de la existencia. Hasta el fin el hombre puede realizar una labor útil. En todo ser humano existen limitaciones, pero también posibilidades. La obra de Menéndez Pidal está plena de frutos tardíos, pero «por tardíos, maduros». El ímpetu juvenil de estos frutos tardíos —pensemos en esa extraordinaria salida de los noventa años al terreno de las gestas francesas— es una consecuencia de una plena seguridad en sus puntos de vista, en la impaciencia ante tanto ciego y sordo ante la realidad de los hechos indiscutibles.

Gloria deben España y los países de habla española a este varón ejemplar, a este trabajador infatigable que gustó de la soledad de las cumbres y del silencio de las bibliotecas, que persiguió la tradición hispánica, la intrahistoria española, entre el polvo de los archivos y en las bocas de las gentes humildes de nuestras aldeas, a este hombre sencillo y enérgico, de mente clara y palabra justa, al que «habló siempre bien e tan mensurado» para decirlo con una expresión del juglar de Medinaceli.